

ESTADO Y MASAS EN EL BRASIL

FRANCISCO WEFFORT

La profunda sacudida sufrida por la economía de exportación, con la crisis de 1929 y con la depresión de los años 30, prepara en el Brasil las condiciones sociopolíticas iniciales para el proceso de democratización del Estado. En efecto, la revolución de 1930 es el punto de partida de una nueva fase en la historia brasileña, en que se asiste a un complejo desarrollo historicopolítico cuyos rasgos dominantes son las tendencias de liquidación del Estado oligárquico, basado en una estructura social donde la gran propiedad agraria se orientaba hacia el mercado exterior, y de formación de un Estado democrático apoyado principalmente en

las masas populares urbanas y en los sectores sociales ligados a la industrialización. Se inicia en esa época la transición que podría ser designada, en términos de la tipología de Germani,¹ como el tránsito de una «democracia con participación limitada» a una «democracia con participación ampliada».²

¹ Germani, Gino.— *Política y Sociedad en una época de transición*, Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina.

² Nuestra preocupación es proponer un esquema preliminar para el análisis de este problema. Todavía se hallan en elaboración, en el Brasil, los trabajos sobre los cuales se pueda llegar a un tratamiento más concreto de este tema (nos referimos, en particular, a los estudios de Paula Beiguelman y Octavio Ianni, respectivamente,

Ciertamente, el período que se extiende desde 1945 (fin de la dictadura de Vargas e inicio de la redemocratización) hasta la caída del gobierno de Goulart realiza más nítidamente las tendencias y fuerzas políticas que constituyen las grandes coordenadas de ese proceso. Por tratarse de un período de amplia libertad de expresión, el análisis puede captar con mayor claridad la configuración del poder y sus tensiones internas. Trátase, además, de una situación en que esas fuerzas y tendencias madurarán plenamente y llegarán al límite de sus posibilidades de manifestación con la serie de crisis que termina en abril de 1964. De este modo, el análisis de las observaciones sobre este período constituirá la base histórica y empírica en nuestra interpretación.

No obstante, nos parece necesario proponer esta tentativa de caracte-

rización sociológica de la dinámica de la estructura del poder en el marco de la gran configuración histórica que se abre con la revolución de 1930. Esta historización del proceso de democratización del Estado se nos figura esencial para captar su sentido y sus límites, pues con frecuencia el análisis sociológico de este tema, orientado por el «modelo occidental», supone como necesario lo que apenas es posible, y de este modo va más allá de lo que permite la circunstancia histórica brasileña.

Como observa Celso Furtado, la decadencia de la economía de exportación, como simple reflejo de la decadencia de los estímulos externos, no conduce a un **conflicto abierto** entre los sectores urbanos aptos para la industrialización y los sectores tradicionales. La desintegración de la economía cafetalera, en la década del 30, resultado de la conjun-

sobre la República vieja (1889-1930) y sobre la naturaleza de las intervenciones del Estado en la economía). En efecto, es todavía muy reciente el interés de los sociólogos brasileños por la estructura del poder nacional como tema específico de análisis. De este modo, los análisis globales disponibles sobre el Estado brasileño están marcados frecuentemente por una acentuada intención normativa que limita, en demasía tal vez, los horizontes del conocimiento concreto (pensamos particularmente en los trabajos de Helio Jaguaribe y Guzzreiro Ramos). Así, no es sorprendente que las sugerencias más ricas para la interpretación sociológica del Estado no se encuentren en los estudios especializados, sino que aparezcan, de manera relativamente marginal, en el movimiento de análisis dirigi-

dos hacia los temas del desarrollo económico, de la industrialización y la urbanización, problemas éstos que más han atraído el interés de los estudiosos brasileños. Así, pues, deseamos hacer aquí una referencia especial a dos libros recientes (en los cuales se apoya ampliamente nuestro análisis): *Dialéctica del desarrollo*, de Celso Furtado (Editora Fondo de Cultura, Brasil, 1964), y *Empresario Industrial y Desarrollo Económico*, de Fernando Henrique Cardoso (Difusión Europea del Libro, Brasil, 1964). Además de estas obras, es bastante sugestivo el balance crítico hecho por Alain Touraine de los estudios brasileños sobre conciencia de clase y movimiento obrero, en «Industrialización y conciencia obrera en San Pablo» (*Sociologie du Travail*, 4/61).

ción de la crisis en los mercados mundiales y de la superproducción interna, permitirá la renovación de la jerarquía dirigente, basada en los intereses exclusivistas del café, por elementos nuevos menos vinculados a los sectores de la exportación (Río Grande do Sul). Comienza entonces una política **realista** (distinta de la tradicional política de valorización del café), que crea las condiciones para la instalación del capitalismo industrial a través de la transferencia al conjunto de la población de los daños de la economía cafetalera, defendiendo de este modo el nivel de empleo en condiciones de declinación de la capacidad de importar. Esta conjunción de factores crea circunstancias favorables a las inversiones ligadas al mercado interno, y la economía brasileña pasa a no depender exclusivamente de los impulsos externos.³

Este análisis caracteriza con nitidez un hecho de profunda importancia para la comprensión del proceso histórico brasileño, tanto en el plano económico como en los planos social y político: la condición de **marginalidad y dependencia** económica del proceso de industrialización en relación con la estructura agraria tradicional.^{3*}

Se hace necesario añadir, para esclarecer la significación que descubrimos en el análisis de Celso Fur-

tado, que esta marginalidad, como **hecho económico**, es vista de tal forma que los factores aparecen, a un mismo tiempo, como condición y como resultado. En efecto, la condición económica de decadencia de los estímulos externos opera sobre el proceso de industrialización a través de una **estructura de poder** constituida de tal modo, que permite una política realista de defensa del café por intermedio de la defensa del nivel de empleo. Así, pues, esta caracterización **histórica** de la economía brasileña (histórica en el sentido de que el análisis obra al mismo tiempo en los niveles económico, social y político para discernir las coordenadas básicas de una configuración concreta) nos parece constituir el punto de partida para la indagación de la estructura del Estado en el Brasil. En efecto, la pregunta sugerida por el análisis de Furtado nos conduce directamente a nuestro tema: sabiendo que la crisis de la economía cafetalera no condujo a un conflicto abierto entre los intereses industrialistas y los sectores tradicionales (como se supone en

³ Furtado, Celso.— Op. cit., segunda parte, cap. 2, I.

^{3*} Desde el punto de vista económico, el proceso de industrialización aparece limitado por las estructuras tradicionales, principalmente en lo que se refiere a la posibilidad de crear un mercado interno, como también en relación con la capacidad para importar.

el «modelo occidental»), sabiéndose además que la marginalidad del proceso de industrialización sugiere, al contrario, tensiones limitadas por una solución de compromiso, ¿qué tipo de estructura de poder político podría propiciar, desde la revolución de 1930, la industrialización que tuvo lugar en el Brasil en las décadas posteriores?

Encontramos en las clases medias urbanas los grupos más importantes que presionaron en el sentido del derrumbamiento de la oligarquía. De estas capas —constituidas en su mayor parte por funcionarios públicos, militares, empleados en servicios y profesiones liberales— salen los líderes más radicales (en general militares, los **tenientes**) de los movimientos de la década del 20. Constituyen también el sector dominante de la opinión pública, que dirigen en el sentido de la realización de las aspiraciones liberalesdemocráticas (particularmente el voto secreto). Situados principalmente en las grandes ciudades y, por tanto, fuera de la esfera de influencia directa del «coronelismo», que dominaba las áreas rurales y los pequeños municipios, estos sectores se constituirán en la base de movimientos inconformistas contra la estructura de poder basada en los intereses agrarios, en particular los del café.

Así, pues, la revolución de 1930 aparece como el punto culminante

de la presión política de estos grupos urbanos. No obstante, este acontecimiento se produce en tales condiciones, que no permitirán a los sectores medios la realización, a partir de la crisis del régimen oligárquico, de un régimen democrático coherente con sus aspiraciones liberales.

En verdad, las clases medias tradicionales brasileñas, como parece ocurrir en la mayoría de los países latinoamericanos, no disfrutaban de condiciones sociales y económicas que les permitiesen una acción política **autónoma** frente a los intereses vinculados a la gran propiedad agraria. A diferencia de la vieja clase media americana, no tenían base social y económica en la pequeña propiedad independiente, sino en actividades subsidiarias (Estado y servicios) de la estructura social de la gran propiedad. Estos sectores nunca conseguirán, por razón de su situación de dependencia en este contexto, en que la gran propiedad es el amo social y económico, dominante, definir una actividad política plenamente radical. Nunca conseguirán, por un lado, formular una ideología adecuada a la situación brasileña, esto es, una visión o un programa para el conjunto de la sociedad brasileña; adoptarán los principios de la democracia liberal que, en líneas generales, constituyen el horizonte ideológico de los sectores agrarios.

Además, sus acciones nunca podrán superar radicalmente y con eficacia los límites institucionales definidos por los grupos dominantes; así, pues, sus acciones más radicales, emprendidas en general por militares jóvenes y de las cuales la Columna Prestes es el ejemplo más brillante, tienden, por la fuerza de una desesperación social, a la negación romántica de la sociedad establecida y pierden toda eficacia. Cuando ganan en eficacia pierden en radicalismo, pues aquella sólo subsiste en los cuadros institucionales definidos por una estructura social y económica de la que estos sectores son, en definitiva, dependientes y de la cual son solidarios, mientras consiguen ser realistas en la acción.

Así, estos sectores medios, si llegan a constituirse en la gran fuerza de opinión y acción que conduce a la profunda crisis del régimen oligárquico en 1930, no poseerán condiciones para negar de manera radical y eficaz el marco institucional, sino que apenas lograrán redefinir sus relaciones con él.⁴

La Revolución del 30 denuncia, en varios aspectos, este compromiso fundamental entre los sectores urbanos y los grupos agrarios dominantes. Y la naturaleza de este compromiso está implícita en la célebre frase de Antonio Carlos, jefe de gobierno del Estado de Minas, representante de uno de los más fuertes

sectores agrarios y uno de los jefes de la revolución: «Hagamos la revolución antes que el pueblo la haga». Pudiera decirse, en efecto, que en el 30, ciertos sectores agrarios se anticiparán a los sectores urbanos y definirán de este modo los límites de acción de estos últimos.

No obstante, roto el equilibrio del régimen oligárquico, asentado en el eje establecido entre los Estados de São Paulo (bajo el impacto de la crisis del café) y Minas Gerais, con la adhesión de éste al gobierno de Río Grande do Sul (Getulio Vargas), por lo demás, vinculado también a los grupos tradicionales, se impone la necesidad de una nueva estructuración del poder. El viejo esquema asentado básicamente en los intereses cafetaleros ya no entraña condiciones de viabilidad.

Las condiciones en que se gesta la Revolución —llevada adelante por

⁴ Es posible que un análisis histórico detallado del período que termina en 1930 llegue a evidenciar la veracidad, para el caso brasileño, de uno de los aspectos importantes del tipo «democracia con participación limitada» elaborado por Germani con pretensiones de adecuación a todas las situaciones de subdesarrollo. En efecto, tal vez se pueda caracterizar estos mismos sectores medios, que terminan por llevar a la oligarquía a la crisis, como uno de los factores sociales decisivos para la estabilidad que el régimen oligárquico mostró tener durante tres décadas. Esta hipótesis nos parece coherente con algunos aspectos de la condición de ambigüedad política de los sectores medios tradicionales.

un tácito compromiso entre las clases medias sin autonomía política y los sectores tradicionales menos vinculados a la exportación— no consiguen establecer sólidamente las bases del nuevo poder. Observamos, en efecto, que ninguna de estas dos grandes fuerzas tenía condiciones reales para constituirse en los fundamentos de una nueva estructura de Estado. Consiguen dislocar la representación política de los intereses cafetaleros, pero no pueden negar el hecho de que el café todavía es la base decisiva de la economía.

Nos encontramos, pues, ante la siguiente situación: los señores del poder político no representan directamente a los grupos que dominan las esferas básicas de la economía.

Esto significa que la nueva configuración del poder tiene una diferencia fundamental en relación con la antigua; ya no es expresión inmediata de la jerarquía del poder económico. Introdúcese así un **decalage** entre el Estado y la economía. En otros términos: admitida una diferencia de énfasis entre la oligarquía y el Estado en lo que se refiere a expresión política de los intereses particulares de un grupo (más fuerte en la primera que en el segundo), y a expresión política de los intereses sociales generales (más fuertes en el segundo que en la primera), entramos en la fase de formación del Es-

tado y de liquidación de los intereses oligárquicos.

Encontramos, en efecto, una situación en que ninguno de los dos grupos (clases medias, sector cafetalero, sectores agrarios menos vinculados a la exportación) detenta con exclusividad el poder político. Esta circunstancia de compromiso abre la posibilidad de un Estado, entendido como un órgano (político) que **tiende** a alejarse de los intereses inmediatos y sobreponerse al conjunto de la sociedad como soberano.

No obstante, el compromiso no **legitima** el Estado y éste no subsiste sin legitimidad. En efecto, puede decirse que, aun en la oligarquía, se observa una solución de compromiso de la que toman parte los mismos grupos y que tiene como base los intereses cafetaleros. En este caso, empero, la legitimidad hállase limitada por los horizontes políticos abiertos por estos intereses. Desde 1930, con todo, se establece una solución de compromiso de nuevo tipo, en que ninguno de los grupos participantes del poder (directa o indirectamente) puede ofrecer las bases de la legitimidad del Estado: las clases, porque no poseen autonomía política frente a los intereses tradicionales en general; los intereses cafetaleros, porque han sido desalojados del poder político bajo el peso de la crisis económica; los sec-

tores menos vinculados a la exportación, porque no se encuentran vinculados a los centros básicos de la economía. En ninguno de estos casos, los intereses sociales y económicos particulares pueden servir de base para la expresión política de los intereses generales.

En estas condiciones aparece en la historia brasileña un nuevo personaje: las masas populares urbanas. Es la única fuente de legitimidad posible al nuevo Estado brasileño.

El mecanismo a través del cual las masas logran asumir tal papel histórico revélase con toda claridad después de la redemocratización del país, y será analizado más ampliamente en este artículo. No obstante, las condiciones políticas que hacen posible este mecanismo ya están preanunciadas en la crisis institucional que se abre en 1930.

En efecto, las formas concretas de la adquisición y preservación del poder pasan a ser un hecho de importancia decisiva cuando ninguno de los grupos económicos dominantes puede ofrecer una base sólida para el Estado y cuando las clases medias no encuentran condiciones socioeconómicas para instalar un régimen democrático pluralista. La revolución de 1930 había liquidado el sistema de acceso al poder por el reclutamiento en el interior de las familias y grupos económicos tradicionales,

que venían posibilitando a la oligarquía su autorrenovación.

Así, pues, el poder conquistado por los revolucionarios en el marco de un compromiso sólo hallaría condiciones de persistencia en la medida en que se tornase receptivo de las aspiraciones populares, en la medida en que las personas que lo ejerciesen fueran capaces de obtener una libertad relativa frente a los grupos dominantes y de ampliar la esfera del compromiso, introduciendo en ella una nueva fuerza capaz de someterse a su manipulación exclusiva. Aparece así el fantasma del pueblo en la historia política brasileña, que será manipulado soberanamente por Getulio Vargas durante 15 años.

A través de Getulio, el Estado creará una estructura sindical que controlará durante todas las décadas posteriores, «dará» una legislación laborista a las ciudades (atendiendo a la presión de las masas urbanas, que manipula sin molestar los intereses del latifundio) y establecerá, a través de los órganos oficiales de propaganda, la ideología del «padre de los pobres». En fin, legalizará la «cuestión social» o reconocerá a las masas el derecho de formular sus reivindicaciones.

Afirmando su prestigio en las masas urbanas, Getulio establece el poder del Estado como institución, y éste comienza a ser una categoría

decisiva en la sociedad brasileña. Relativamente independiente de ésta, a través de los mecanismos de manipulación, pasa a imponerse como institución inclusive a los grupos económicamente dominantes.

El Estado no deja, empero, de ser una solución de compromiso y equilibrio entre esos grupos. Con todo, como puede legitimarse a través de las masas, encuentra en dicho compromiso una nueva fuente de poder; pasa a la condición de **árbitro** que decide en nombre de los intereses **nacionales**. Encuentra, por tanto, la posibilidad de formular una política económica y social —muchas veces contradictoria y discontinua, pues atiende al inevitable juego de las presiones de los intereses inmediatos de los grupos dominantes (como se observa en la política de defensa del café—, que, no obstante, tiene una significación histórica que sobrepasa estas circunstancias.

El substrato social de esta significación histórica se encuentra en los mecanismos de adquisición y preservación del poder, que, en última instancia, ofrecen los soportes de la legitimidad del Estado. Necesitados del apoyo de las masas urbanas, los detentadores del poder se ven obligados a decidir, en el juego de los intereses, de las alternativas que se encuadran en las líneas de menor resistencia o de mayor apoyo popular. En estas circunstancias es a veces

difícil saber, ante una decisión particular del Estado (por ejemplo, la legislación laborista), si ella corresponde primariamente a una política deliberada o si es meramente una decisión útil para ampliar las bases del poder.

El Estado encontrará, así, condiciones para abrirse a todos los tipos de presiones sin subordinarse **exclusivamente** a los objetivos inmediatos de cualquiera de ellas. En otros términos, ya no es una oligarquía. No es tampoco el Estado tal como se forma en la tradición occidental. Es un cierto tipo de Estado de masas, expresión de la prolongada crisis agraria, de la dependencia de los sectores medios urbanos y de la presión popular.

Autoritarismo y democracia

En el período dictatorial la soberanía del Estado sobre los diferentes sectores sociales es obvia. Es evidente, en una dictadura, la capacidad que posee el Estado para legitimarse en las masas a través de la manipulación, para hacer donaciones a las masas o a los grupos económicos, para arbitrar entre estos grupos y, por tanto, para manipularlos también. Es evidente, además de eso, que en el papel de manipulador, donador o árbitro, el detentador del poder procura por todos los medios preservar y ampliar su dominio, de-

sarrollando siempre una política realista entre las presiones de los grupos y su necesidad de apoyo popular.

La pregunta que se podría hacer sería: ¿la caída de la dictadura de Vargas en 1945, y la redemocratización del país, no habrían alterado sustancialmente las condiciones políticas de modo que se hiciera posible un régimen pluralista? ¿No habrían creado, así, las condiciones para la minimización de la soberanía del Estado (que se confundía en la dictadura con el poder personal de Vargas) en relación con la sociedad?

Estas preguntas, a las cuales la experiencia histórica responde negativamente, tienen con todo alguna procedencia, pues la caída de Vargas va acompañada de la formación del nuevo sistema partidista brasileño. Además de esto, la caída de la dictadura, concomitante con el fin de la guerra contra el fascismo, con el cual era confundida, parecía significar el fin del fascismo en el Brasil y unía, por tanto, amplios sectores urbanos. Parecía significar el inicio de la verdadera democracia brasileña, sueño acariciado desde la década de los 20 por las clases medias urbanas.⁵

No obstante, la redemocratización se reveló como una definitiva frustración para los sectores medios tradicionales. La joven democracia brasileña tendrá como fundamento la

masa y como jefes los líderes populistas. Como afirma Touraine, obsérvese en el Brasil una «democratisation par voie autoritaire».⁶

En efecto, el período posterior al 30 es también un período en que ganan intensidad los procesos de industrialización y urbanización. Así, después del 45, la presencia de las masas urbanas en la política llega a ser un hecho mucho más importante de lo que se podía presentir bajo la dictadura. Así, pues, los liderazgos populistas aparecen con importancia decisiva en todos los comicios nacionales: Gaspar Dutra conquistará, en 1946, la presidencia apoyado en el prestigio popular de Getulio y en los dos partidos a éste vinculados (PSD y PTB);⁷ el dictador depuesto se elegirá en 1950 con notable

⁵ En la fase de la lucha contra la dictadura, la Unión Democrática Nacional (UDN), hoy partido de derecha, tenía la pretensión de ser, no un partido, sino un amplio frente democrático.

⁶ Touraine, Alain.— Op. c.t., pág. 87.

⁷ PSD.— Siglas que identifican al Partido formada por los latifundistas brasileños. Fue en su época, un partido político muy fuerte. PTB.— Partido trabalhista brasileiro que tenía como presidente a Jao Goulart. Su militancia fue fundamentalmente obrera, populista. En la actualidad, ninguno de los partidos que en este artículo se señalan existe, ya que fueron eliminados por los gorilas, a partir del golpe del 1965. Tan sólo subsisten dos partidos: el ARENA, Alianza renovadora nacional, partido oficialista y el Movimiento democrático brasileño, de la «oposición». (N. de R.)

mayoría de votos; Juscelino Kubitschek vencerá en 1954 apoyado en el esquema PSD-PTB; Janio Quadros derrotará este esquema en 1960; en fin Joao Goulart, discípulo directo en 1954, y en 1961 conquistará la presidencia después de la renuncia de Quadros.

Así, pues, la nueva democracia brasileña difiere radicalmente del modelo registrado en la tradición occidental. Y la diferencia más notable está en que en esta democracia de masas el Estado se presenta de manera directa a todos los ciudadanos. En efecto, todas las organizaciones importantes que se presentan como mediación entre el Estado y los individuos son, en verdad, entes anexos del propio Estado que órganos efectivamente autónomos. Los sindicatos mantienen todavía hoy con el aparato estatal las vinculaciones que éste estableciera durante la dictadura; estas vinculaciones no sólo administrativas, sino también políticas: son uno de los elementos que explican por qué raramente los sindicatos llevaron a cabo huelgas amplias y bien logradas sin la protección, o por lo menos la omisión interesada, del gobierno federal. Como afirma Touraine, la organización sindical es «menos un instrumento en las manos de la clase obrera que la expresión de una participación indirecta e involuntaria en el poder».⁸

El sistema partidista, por otro lado, tiene bases en las dos agrupaciones (PSD y PTB) creadas por Getulio, y, en amplia medida, dependientes de su prestigio personal; nacen al fin de la dictadura como expresión del compromiso que dio sustentación a ésta: la primera debería dar expresión política a los sectores conservadores vinculados a la actividad agraria y conseguiría, en efecto, mantener por muchos años, a base de la política de clientela, el dominio de las áreas rurales; la segunda daría expresión a las masas trabajadoras urbanas. Nacidos del poder y siempre vinculados a él (con excepción de los seis meses de Janio), estos dos partidos se convierten, particularmente el PSD, en partidos de patronazgo.

Al nivel del liderazgo populista se observa un fenómeno semejante en las relaciones entre el jefe y los individuos que componen la masa que le sigue. Adhemar de Barros crea un nuevo partido (PSP)⁹ sobre el que tiene entero dominio desde 1947 hasta hoy, el que, en lo esencial, depende de su prestigio popular y de sus posiciones de poder... Del mismo modo que Getulio, este jefe

⁸ Touraine, Alain.— Op. cit. pág. 88.

⁹ PSP: Partido social progresista. Su base social se nucleaba en São Paulo, de ahí que su militancia estuviese constituida por lumpen proletariado, en su mayoría. (N. de R.)

populista ve en el partido poco más que un marco para la administración de su poder personal. Janio Quadros, a su vez, no llega a hacer el más mínimo compromiso permanente con ninguna estructura partidista. Este líder de ascensión meteórica en la política brasileña evidencia, en nivel extremo, la naturaleza del proceso democrático que se abre en 1945. Elígese en 1953 para la Prefectura de São Paulo, apoyado casi exclusivamente en su estilo carismático y contra todo el sistema partidista, incluso contra los seguidores de Getulio y Adhemar. Y su participación electoral usa a los partidos (secundarios electoralmente) básicamente como rótulo (elección a la Prefectura y al gobierno de São Paulo) o como aliados eventuales (elección a la presidencia de la República, en que se alía al UDN).

En este marco político —en que el Estado, a través de los líderes populistas, se pone en contacto con las masas— no hay lugar para las ideologías. Los aspectos decisivos de la lucha política —las formas de adquisición y preservación del poder— están vinculados a una lucha entre personalidades. En estas condiciones, el nacionalismo pasa a ser significativo políticamente cuando el gobierno federal (particularmente bajo la presidencia de Kubitschek) lo licencia como cobertura ideológica del «desarrollismo». Aparece, pues, en co-

herencia con el marco general, como una forma de consagración del Estado, como una transfiguración teórica del populismo.¹⁰

En esta democracia, en que la raíz efectiva del poder es la masa, estamos lejos del tipo descrito por Tocqueville a partir de sus observaciones sobre los Estados Unidos del siglo XIX. Del mismo modo, estamos distantes del modelo presentado por Lipset. Puédese entonces formular esta pregunta: ¿en qué consisten y cómo se explican estas diferencias? O mejor: ¿en qué consiste y cómo se explica la democracia brasileña?

Si vemos en la «masificación» un proceso de atomización de estos grandes conjuntos sociales —las clases— que en el pasado, especialmente en Europa, se caracterizarán por una fuerte solidaridad interna y por una conciencia social propia ante la sociedad global, debiéramos admitir que en el Brasil, como en otros países subdesarrollados, asistimos a un proceso de masificación «prematura» o aun, en muchos casos, «anticipada». En efecto, la masificación en el Brasil no significa básicamente la pulverización de las clases portadoras de una tradición

¹⁰ El populismo, comparado con el nacionalismo, podría ser caracterizado como expresión típica y espontánea del proceso de incorporación de las masas al régimen político, mientras que el nacionalismo aparece como expresión global e ideológica de este mismo proceso.

política e ideológica, sino la ascensión a la vida urbana y al proceso político de las capas populares del interior y del campo. Así, pues, no significa la disolución de la lealtad al grupo de sectores ya integrados al proceso industrial, a través de la ampliación de sus posibilidades de consumo y de las técnicas de manipulación, pero lleva, en primer lugar, a la disolución de los vínculos de lealtad a los partidos tradicionales vigentes en las áreas rurales.

Tal vez esta especificidad de la situación de masas en el Brasil sea mejor comprendida cuando tenemos en cuenta la acentuada desproporción entre los procesos de urbanización e industrialización.¹¹ En efecto, el crecimiento de las ciudades no se asocia apenas al desarrollo industrial ni éste es, posiblemente, el principal factor. Si excluimos al Gran São Paulo, donde se concentra el grueso de la capacidad industrial brasileña, podremos percibir con nitidez que los antiguos móviles de la urbanización continúan actuando: crecimiento del aparato del Estado (actividades civiles y militares), actividades comerciales y actividades del sector de servicios ligados a la exportación. Además de estos factores, debe tenerse en cuenta, como importante impulso para el crecimiento de las ciudades, la presión creada por las pésimas condiciones de la vida rural.

En estas condiciones, apenas una parte de los emigrados puede integrarse en las actividades industriales como obreros, los cuales ocupan una posición privilegiada relativamente al conjunto de las masas populares urbanas del país. Así, pues, las condiciones generales de existencia de las masas urbanas, aunque superiores a las condiciones de existencia de las masas rurales, son insatisfactorias. En modo alguno se puede hallar semejanza alguna importante entre estas masas y las masas «satisfechas» de los países avanzados. El parámetro básico para comprender el comportamiento político de estas masas no es la abundancia, sino la escasez. Estas condiciones sociales insatisfactorias se asocian, en sus efectos políticos, a otro aspecto importante para que se comprenda el proceso de masificación. El paso del campo a la ciudad o del interior a la gran ciudad significa el primer paso para la conversión del individuo en ciudadano políticamente activo y para la disolución de los patrones tradicionales de sumisión a los potentados rurales. En efecto, las grandes ciudades brasileñas funcionan como caja de resonancia de todo el proceso político nacional. En ellas aparecen los grandes líderes populares y

¹¹ Touraine y Motres.— «Clase obrera y sociedad global», en *Traité de Sociologie du Travail*, vol. II (ed. Friedman et Neville), pg. 246 e 248.

las corrientes de opinión políticamente decisivas. Esto significa que el proceso de urbanización coloca a amplios sectores de la población del país en situación de disponibilidad política.

Así, pues, mientras en las sociedades industriales se observa una creciente despolitización de las masas populares, aquí el proceso es exactamente a la inversa. En las sociedades avanzadas las formas tradicionales de la política popular a base de situaciones de clase fueron perdiendo importancia a medida que crecían las posibilidades de consumo de las capas populares. En el Brasil se observa un proceso bastante diferente, como se verá en el análisis de los contenidos políticos de la masa janista (de Janio Quadros), cuyo contingente básico está formado por obreros y clase media asalariada de la ciudad de São Paulo.

Janio Quadros es ciertamente la expresión más evidente de la presión popular sobre la estructura del Estado en el Brasil. En poco más de diez años recorre toda la escala de cargos políticos: concejal del Ayuntamiento de São Paulo, diputado estadual y luego gobernador del Estado de São Paulo; finalmente, presidente de la República. Mantuvo en todas esas funciones y en los comicios en que las conquistó una actitud altiva y distante en relación con los partidarios algunas circunstancias que la hacen

dos y una postura autoritario-carismática en relación con las masas. Es, posiblemente, el único brasileño posterior a 1945 que consigue llevar hasta las últimas consecuencias el estilo populista.

Su primera derrota electoral, tal vez su fin político, tiene lugar en 1962, cuando rivaliza con Adhemar de Barros, líder populista de estilo paternalista, por el Estado de São Paulo.

Esta lucha electoral, sobre la cual hemos hecho un estudio,¹² presenta especialmente significativa para un análisis de la relación líder-masa de tipo populista. Coincide con un período de descenso de la importancia política de Janio Quadros, pues tiene lugar un año después de la renuncia de éste a la presidencia. Así, Janio Quadros se presenta a las elecciones sin ningún aliado importante o capaz de sensibilizar áreas no janistas. Esta situación de aislamiento y relativo ostracismo en que se encuentra el candidato permite una «depuración» del electorado paulista que le había escogido para presidente hacía poco más de un año. Y además de eso, permitió una «depuración» de los contenidos sociales y políticos presentes en la relación líder-masa.

Comparando la distribución de los resultados electorales generales, apa-

¹² Weffort, F.C.— *Raíces sociales del populismo en S. Pablo*, 1963. manuscrito.

recen de inmediato algunas indicaciones: 1) Janio Quadros tiende a ser más votado en los barrios periféricos (de composición predominantemente obrera) de São Paulo que en los barrios centrales; 2) es más votado en la capital del Estado que en el interior; 3) en el interior tiende a ser más votado en las ciudades mayores y en las de contingente obrero más significativo. Por otro lado, cualquier comparación, aun ligera, entre los **estilos** políticos de Janio Quadros y los demás jefes populistas evidenciará en aquél un estilo más radical: mientras los demás tienden a una dominación de tipo patriarcal, que exige alguna forma de compromiso con algún tipo de estructura partidista, Janio Quadros se aproxima al liderazgo de tipo carismático, que niega, por principio, todas las formas establecidas del poder. Este liderazgo carismático es radical en el sentido de que, como establece Weber, consiste esencialmente en un llamamiento a la obediencia y devoción a la **persona** del jefe, y de este modo niega, por principio, todas las normas ya establecidas. Esta característica irracional del liderazgo janista, aunque no resume todo su contenido, es uno de los aspectos más importantes de considerar en el análisis.

La asociación de estos dos aspectos tan evidentes —tendencia predominantemente urbana y obrera en la

penetración electoral y dominación carismática— desvía la interpretación de las líneas usuales que ven como elemento básico del liderazgo populista la reminiscencia de los patrones tradicionales o que, de otro modo, esperarían de los obreros una expresión política organizada en partidos. Ambas —la efectividad de los patrones tradicionales o la racionalidad de los partidos— son recusadas de inmediato por el liderazgo carismático de Janio Quadros. En efecto, hay en este caso una distancia entre el jefe autoritario y la masa sumisa que no puede ser salvada por ninguna forma de comunicación que dé a la masa el derecho de influir directamente sobre el líder (como se observa en un partido de estructura democrática o en las agrupaciones de estructura tradicional).

Por otro lado, la interpretación se aparta de cualquier semejanza de estas masas urbanizadas de país subdesarrollado con las masas «satisfechas» de los países avanzados, pues la difusión tan amplia del liderazgo carismático es indicio inequívoco de la **insatisfacción social**. Insatisfacción que se encuentra expresa en este otro contenido básico del janismo: el **moralismo**. En efecto, mientras pide devoción a su persona como jefe carismático, Janio Quadros se presenta como el hombre honesto, incorruptible, enérgico y moralizador. Así, pues, el liderazgo carismático escl-

rece su significación: la negación, por la consagración de la persona del líder, de las normas políticas establecidas significa la negación de las estructuras políticas vigentes asociadas a la corrupción. Y el combate a la corrupción significa, para las masas, combate a los privilegios.

Además de eso, esta exportación política de la insatisfacción popular es, por otro lado, la forma de manifestación de los sectores aparentemente satisfechos de entre las masas urbanas. En efecto, comparando a los janistas con los seguidores de Adhemar de Barros, se observa que los primeros son más optimistas en relación con las condiciones presentes de vida, tienden a admitir que ha habido mejoría desde la postguerra. Por otro lado, en el grupo obrero de los resultados de nuestra investigación, los janistas son, en general, más calificados y más estables en la empresa, y en este sentido están más integrados al proceso de producción industrial. De modo general, se puede afirmar, por tanto, que las masas janistas son exactamente las más integradas al proceso de desarrollo económico.

En posesión de estos elementos, nos parece lícito ver en la oposición entre «satisfacción» e «insatisfacción» una unidad dialéctica. En efecto, la insatisfacción de las masas janistas es de naturaleza profunda; se encuentran ya en los límites inferior-

res de la escala social urbana e industrial, sea decayendo como clase media en sus esperanzas de «acomodo» personal, sea ascendiendo como hombres del campo y del interior que engrosan las filas del proletariado. Son, pues, más estables en el sentido de que ya no tienen qué perder con el desarrollo industrial; siéntense menos como pequeña burguesía en crisis de decadencia que como obreros con situación estabilizada o en ascenso. Son optimistas en el sentido de que, integrados en el proceso industrial, mejorarán con él sus condiciones de vida.

En estas condiciones, ya no se vuelven hacia el poder acariciando la esperanza de protección personal, sino de justicia, pues lo que ahora cuenta no son los favores, sino la capacidad de trabajo. Son sectores para los cuales los vínculos con el pasado tienen poca importancia presente; ya no están en condiciones de sentir el peso de la tradición ni aun como simple recuerdo pequeño-burgués de un pasado reciente de relativa propiedad. Integrados en la vida urbana, no tienen la posibilidad de asimilar a su engranaje los hábitos tradicionales. No pueden esperar ayuda personal de nadie.

La raíz de la ambigüedad de estas masas, a un mismo tiempo «satisfechas» e «insatisfechas», se encuentra en las relaciones que mantienen con el conjunto de la sociedad en su de-

sarrollo histórico. Todavía conservan el amargor de ver frustrados los patrones tradicionales y sus antiguas esperanzas de «acomodo» personal; pero, por otro lado, esta frustración es también una satisfacción, pues va acompañada de su incorporación al desarrollo capitalista. Y es ésta, su situación actual de relativo ajuste al sistema capitalista lo que permite comprender la importancia política presente de su frustración pasada. Como ya no pueden abrigar la esperanza de los favores y facilidades que se asocian a las formas tradicionales de poder, vuélvense contra éstas y pasan a esperar del Estado justicia y aplicación incondicional de la ley. Proyectan así la imagen de un Estado abstracto, de un Estado entendido como **cosa pública**. Con todo, no poseen condiciones, dada su herencia tradicional, para expresar racionalmente esta aspiración. Son radicales, pero en el sentido nítidamente individualista de que advierten airada y confusamente que ya no hay solución individual posible. Expresan así su última decepción, su última frustración, como masas de origen pequeñoburgués o de origen rural, en el reconocimiento de un jefe carismático a través del cual manifiestan oscuramente un odio social cuyas condiciones de **clase** no son conocidas y resultan mixtificadas por el liderazgo de Janio Quadros.

Así, pues, el radicalismo de las masas janistas es apenas la capa tradicional que oscurece un reformismo de clase, circunstancia que denota, y hasta cierto punto explica, la enorme ineficiencia de los grupos de izquierda en São Paulo. Este reformismo, empero, no puede ser confundido con el «economismo» obrero; cúbrese todavía con un amargo resentimiento, como si le fuese necesario romper todo el encanto afectivo-tradicional de las normas establecidas antes de que le sea posible expresarse con claridad bajo formas ideológicas raciales.

Ahí está, creemos, la raíz del drama janista, incluidos líder y masas. Estas, mientras se ajustan como clase al sistema capitalista y niegan los patrones tradicionales, aspiran a un Estado racional, pero como **masa** sólo encuentran medio de manifestarse a través del carisma, la más irracional de las manifestaciones políticas. Cifran toda su aspiración de mudanza política y social en una persona que imaginan dotada de un poder ilimitado. De este modo, el líder tiene la posibilidad de manipular las masas, por ejemplo, de asociar el moralismo radical del «real contra el millón»¹³ al moralismo con-

¹³ «Real contra el millón»: Frase que se refiere a las primeras campañas electorales de Janio Quadros. Este, sin dinero para realizarlas, pedía a las masas, a los trabajadores, un centavo como contribución popular a su candidatura, actitud opuesta

servador de los «chisteras». Pero ni por eso deja él de prestar atención a las expectativas populares, so pena de que su imagen se desvanezca. En verdad, el pleno dominio del líder sobre la masa implica una inmensa responsabilidad, pues debe realizar una política objetivamente sobria, realista y progresista, a través de medidas violentas y destempladas que den muestra de su ilimitado poder personal.

De un carisma se esperan milagros, y la renuncia de Janio Quadros fue una confesión de impotencia que introdujo la duda en la masa.

De este análisis de una manifestación extrema de la política de masas en el Brasil, creemos poder obtener algunas indicaciones sugestivas para la interpretación política del proceso de masificación: 1) la presión popular sobre el Estado es señalada por la insatisfacción aun cuando se trata de sectores relativamente integrados al proceso de desarrollo económico; 2) esta insatisfacción es manipulada por los líderes populistas y, a través de ellos, por el Estado; 3) la «situación de masas» tiende a disolver los vínculos con los patrones tradicionales y a oscurecer la conciencia de clase; no obstante, esta «situación

a la del resto de los candidatos que eran ricos. Posteriormente, cuando se postuló como Gobernador, ya la burguesía —con visión de futuro— comenzó a financiar sus campañas. (N. de R.)

de masas» y sus formas políticas no son en modo alguno independientes de posiciones determinadas de clase; a pesar de que las manifestaciones políticas de las masas nieguen estas posiciones de clase, obsérvese en el caso de Janio Quadros, como en el caso de Adhemar da Barros, que, de hecho, constituyen expresiones políticas posibles en un dado contexto concreto de posiciones determinadas de clase; 4) de este modo, la manipulación de la masa por los líderes populistas o por el Estado halla sus límites en esas posiciones de clase; desde que el líder (o el Estado) hállese imposibilitado de ofrecer cualquier grado de satisfacción a las aspiraciones sociales concretas (aunque no siempre conscientes) derivadas de esas posiciones de clase, su imagen popular comienza a diluirse ante la masa, aunque nada tenga que ver, aparentemente, con aquellas aspiraciones.

Estado: mito y compromiso

La continuidad de la democracia de masas desde 1945 hasta la caída de Goulart se debe a la persistencia, en sus aspectos básicos, de las condiciones estructurales que pasan a configurarse a partir de 1930. Según los análisis de Celso Furtado, el proceso de industrialización, aunque se intensificó en la década de 1950, no

fue capaz de adquirir autonomía ante los influjos del mercado exterior.¹⁴ Por otro lado, conforme esclarece Fernando Henrique Cardoso, el propio desarrollo industrial pasa a depender crecientemente de capitales extranjeros al no crear una capa de empresarios capaz de formular una política autónoma en relación con estos intereses.¹⁵ De este modo se ve frustrada la única posibilidad de superación de compromisos que, desde 1930, caracteriza a la estructura del poder, pues los nuevos empresarios son incapaces de dar bases propias a la legitimidad del Estado.

Hácese entonces más visible la existencia de una fórmula de transacción entre los grupos dominantes y todavía más evidente la presión de las masas sobre la estructura institucional. Configúrase entonces una situación singular: todos los grupos, incluso las masas populares, participan, directa o indirectamente, en el poder; no obstante, como ninguno de ellos tiene la hegemonía, todos ven el Estado como una entidad superior, del cual esperan solución para todos los problemas.¹⁶ Esta situación de dependencia de los diferentes grupos en relación con el Estado es una realidad desde la crisis final de la oligarquía. Ahora, empero, cuando el proceso de industrialización llega a los límites de su coexistencia con los sectores «arcaicos» de la sociedad, crecen en todos los sectores

las expectativas en relación con las posibles acciones del Estado. Empero, conforme aclara Celso Furtado, la expresión política de esta situación de conflictos potenciales no se hace directamente, a través de luchas abiertas entre los sectores in-

¹⁴ Furtado, Celso.— Op. cit., segunda parte, cap. 2, III, Cf. también los capítulos IV y V. «En síntesis, podemos afirmar que el proceso de formación de un capitalismo industrial, en el Brasil, halló obstáculos de naturaleza estructural, cuya superación parece impracticable dentro del presente marco institucional y por los medios a que son afectas las clases dirigentes. Tanto en lo que respecta al sector externo como a los sectores agrícola y fiscal, existen obvias contradicciones entre la forma en que tiende a operar la economía en las condiciones presentes y los requisitos necesarios para el mantenimiento de una elevada tasa de inversión. Solamente el advenimiento de factores imprevisibles, como una brusca mejora en los términos del intercambio, podría modificar por algún tiempo las actuales tendencias. (p. 28).

¹⁵ Fernando Henrique Cardoso reconoce en el proceso de industrialización dos momentos sociológicamente importantes. En el primero, la aspiración al progreso y la independencia nacional «permitió la definición de fines capaces de acarrear, a largo plazo, mudanzas estructurales». En el segundo momento ocurre la permeabilización del sector industrial ya existente por los modelos y prácticas difundidos por las presiones «desarrollistas». Es importante observar, empero, que «no hubo» adhesión total a los movimientos de emancipación nacional. (Op. cit. pp. 84-85).

¹⁶ El empresario industrial, por ejemplo, no se identifica subjetivamente con el Gobierno, se ve sucesivamente como pueblo y, en cuanto pueblo, exige protección y lucro. De este modo, «el empresario obtiene el máximo de provecho del hecho de ser clase económicamente dominante sin ser en forma total capa políticamente dominante». Cf. Cardoso, op. cit., pág. 168).

dustriales y los sectores agrarios tradicionales. En efecto, la tensión no puede ver la luz, pues el desarrollo industrial va acompañado de un crecimiento de los sectores más anacrónicos de la economía tradicional, la agricultura para el mercado interno, y ésta, a su vez, identifica sus intereses, en el debate político, con los intereses generales de la agricultura.¹⁷

En estas condiciones, en que ninguno de los grupos dominantes es capaz de ofrecer las bases para una política de reformas, las masas populares aparecen nuevamente como la única fuerza capaz de dar sustentación a esta política y al propio Estado. No obstante, la nueva situación propone problemas más difíciles.

Mientras en las décadas anteriores la acción de los detentadores del poder no estaba muy lejos de bptar, a través del juego de los intereses particularistas, por las líneas de menor resistencia, impónese ahora al Estado la necesidad de **sobreponerse efectivamente a ese juego de intereses y planificar, en nombre de los intereses nacionales, la reforma de las estructuras.** En tanto, en el período anterior, el proceso político construyó, a través del populismo combinado con la relativa incapacidad política de los grupos dominantes, la imagen de un Estado soberano, ahora se impone a este Estado

demostrar la realidad de su soberanía.

Si tenemos en cuenta la naturaleza de la participación política de las masas populares, advertiremos que se imponen graves limitaciones a este intento de afirmación de la soberanía del Estado y su política de reformas.

En efecto, las masas son las bases de la legitimidad del Estado, pero en esta misma medida no pueden desarrollar una acción política autónoma. En otros términos: son la raíz efectiva del poder, pero en esta misma condición no pasan de «masa de maniobra». Confieren legitimidad a un jefe populista (y a través de éste al Estado), mientras sirven de **instrumento** para la adquisición y preservación del poder, instrumento particularmente útil cuando ninguno de los grupos dominantes está en posesión de condiciones hegemónicas sobre los demás.

¹⁷ «Como la posición ideológica del sector agrícola en general está orientada hacia la defensa del *status quo* institucional, con base en las fuertes posiciones que ocupa en el Poder Legislativo, el grupo latifundista de actuación más antisocial consiguió moverse siempre dentro de un frente amplio en que sus intereses se confunden con los del conjunto de la agricultura y aun de todos aquellos que detentan la propiedad de medios de producción. Se dificulta así, en la clase capitalista industrial, el discernimiento de la contradicción entre los intereses de la industrialización y los de aquellos grupos que controlan las tierras utilizadas para la producción de alimentos» (Furtado, op. cit., pg. 123).

Esto significa que las masas sólo pueden servir de base para la legitimidad del Estado cuando todavía es posible el compromiso entre los grupos dominantes. Así, la gravedad de la situación, desde la renuncia de Quadros (1961), está en que se revela inconsistente la estructura de compromiso. Ya no se verifica entre los grupos en pugna esa relativa comunión de intereses que había venido permitiendo a los detentadores del poder mostrarse sensible a las insatisfacciones populares. En la medida en que se reduce el ámbito del compromiso entre los grupos dominantes, o sea, exactamente en las circunstancias en que se impone al Estado probar la realidad de su soberanía, redúcense también las condiciones que le venían permitiendo manipular a las masas y, por tanto, preservar y ampliar las bases de su efectivo dominio.

Exactamente en estas condiciones, las organizaciones populares de izquierda pasan a exigir del gobierno una acción política pautada por criterios explícitamente ideológicos. Gana importancia política el nacionalismo, el cual tiene como punto de partida la idea de que el pueblo es una comunidad (minimizando de este modo las distinciones de clase) y se orienta hacia el Estado como la única posibilidad de solución para los problemas estructurales. Esta

transfiguración ideológica del populismo conduce a una alteración en las relaciones usuales de manipulación entre el gobierno y las masas populares. Mientras bajo el populismo, forma espontánea de expresión del ascenso político de las masas, el detentador del poder detenta igualmente las iniciativas en lo que se refiere a manifestación política de las aspiraciones populares y se orienta, por tanto, hacia una política realista cuyos límites son definidos por el compromiso entre los grupos dominantes, bajo la inspiración del nacionalismo, que traduce en nivel ideológico la presión popular, el gobierno se siente cada vez más impulsado a una acción que, a mediano o largo plazo, conduce a la liquidación de la expresión política de ciertos sectores conservadores agrarios. En otros términos, la política deja de ser «realista» y pretende ser, de hecho, una política de interés nacional.

Con esto no pretendemos afirmar que la política reformista del gobierno de Goulart sea «desinteresada».

En las marchas y contramarchas de la orientación gubernamental estaba claro que el reformismo era, a un mismo tiempo, una ideología y una técnica de preservación y ampliación del poder. Además, el gobierno no podía establecer claramente estas diferencias en las situaciones concretas, pues el reformismo era con-

cebido, en un marco ideológico de consagración del Estado, como la única posibilidad de solución de los problemas sociales y económicos, y, por otro lado, se sabía que algún tipo de reforma de las estructuras del poder se hacía necesario para llevar adelante el programa de mudanzas.

Toda la complejidad de la situación política brasileña desde la renuncia de Janio Quadros hasta la caída de Joao Goulart nos parece estar esencialmente contenida en esta conjunción de factores: agrávanse los problemas estructurales y como ninguno de los grupos dominantes ejerce la hegemonía, todos se vuelven hacia el Estado concebido como entidad independiente en espera de sus iniciativas; no obstante, ese Estado se encuentra prácticamente paralizado, pues se reducen cada vez más los márgenes de compromiso entre los grupos que lo presionan; en consecuencia, disminuye también la posibilidad de que el populismo, a través de la manipulación, continúe actuando como agente dinamizador de la estructura política; así, la presión popular se torna cada vez más ideológica, alterándose de este modo el esquema tradicional de la manipulación.

En estas circunstancias, en que los detentadores del poder ya no están en condiciones de dinamizar el pro-

ceso político a través de acciones concretas, resérvese a la ideología una función importante. Por un lado, el nacionalismo, lejos de ofrecer cobertura a la ineficacia práctica del Estado, instaura como realidad política el mito de un Estado democrático de todo el pueblo, como algo independiente de las diferenciaciones sociales de clase. Las acciones del gobierno, como las de las organizaciones políticas populares, pasan a orientarse cada vez más hacia la creencia en un Estado superior y soberano, capaz de aplastar cualquier posibilidad de reacción de los grupos conservadores. Por otro lado, estos grupos (no sólo los sectores agrarios, sino también los empresarios industriales) mitifican igualmente el Estado como Estado revolucionario, oponiéndosele radicalmente.

Todavía es temprano para definir por qué camino se orienta el proceso político brasileño después de la caída de Goulart. No obstante, tal vez sea posible concluir, a la luz del análisis anterior, que llega a su fin, con la ascensión de los militares, el proceso de democratización del Estado a través del populismo. Esto no quiere decir que están cortadas en definitiva las posibilidades de que las presiones populares se hagan sentir en el poder. Significa, empero, que ya no subsisten las condiciones para que la presión popular mantenga

ga en su forma espontánea la misma eficacia que poseía. En efecto, el nuevo poder instaurado por los militares parece señalar el fin del mito

de un Estado democrático de todo el pueblo, y, de este modo, marca un punto de inflexión en la historia política brasileña.

«Revista Civilização Brasileira» No. 7, mayo de 1966.

